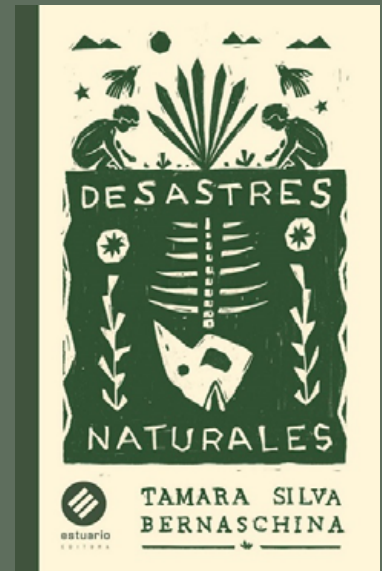


*Ojalá el rayo no caiga en otra parte:*  
sobre *Desastres naturales*, de  
Tamara Silva Bernaschina

Gabriela Falchi



Sobre este libro se ha dicho mucho, a pesar de que lleva tan solo siete meses en librerías. Que la autora es «la chica revelación», que *Desastres naturales* (2023) es un «cuentario cautivante» y una «muy buena noticia», que las imágenes perdurables y las atmósferas construidas línea a línea seducen a cualquier lector para continuar adentrándose en la lectura. En fin, que «la literatura uruguaya está en muy buenas manos». Todos estos calificativos, reproducidos en distintos portales y medios de prensa, convergen en la entrega de dos Premios Bartolomé Hidalgo para esta joven escritora minuana que conquistó diversos lectores a pasos agigantados, alcanzando en octubre de este año la tercera edición del cuentario. Con esto presente, el Premio Bartolomé Hidalgo Revelación no sorprende, pero advierte. Que una mujer joven, con su ópera prima, reciba el galardón a mejor obra narrativa en el 2023 sí es todo un acontecimiento en nuestra literatura. De entre los históricamente premiados en narrativa, tan solo tres son mujeres. La cuarta es, a partir de este año, Tamara Silva Bernaschina.

Al leer *Desastres naturales* celebramos una publicación sólida, que despliega un imaginario simbólico preciso. Este libro es el inicio de la consolidación de una voz personal. Son tres los aspectos que podemos resaltar como significativos al momento de pensar estos catorce cuentos como un libro total: la naturaleza, los puntos de vista y la *posibilidad*, que crece de forma rizomática por debajo de la tierra.

«Cuando la sangre seca, coagulada y oscura ya estaba metida en las líneas de nuestras manos niñas»

Al cuento «Desastres naturales» lo inaugura un epígrafe de la autora polaca Olga Tokarczuk, el cual señala que lo grande se encuentra recogido en lo más pequeño. Esta es una idea nuclear que se repite a lo largo del libro. La naturaleza es lo grande que se mete dentro, que posee y que se manifiesta en el lenguaje que habilita estos cuentos. Un panteísmo muy notorio crece entre los caracteres de la obra y se expande, línea a línea, en un sistemático retorno a lo natural. En esto hay algo innovador, al menos si lo enmarcamos en el contexto actual de narrativa joven que repite una prosa urbana, agresiva y coloquial. El entorno retratado por Silva Bernaschina es violento pero natural, con la doble significación que podemos darle a esa palabra. Los personajes habitan espacios de naturaleza violenta, pero no dramática. La autora logra retratar el campo desde un clima que habilita la violencia trágica o la brutalidad, pero que cierra las puertas de la narración antes de alcanzarla. Los personajes no se sorprenden frente a lo ominoso que insiste en aparecer. Lo esperan, pacientes, permitiéndole el atisbo, pero no la presencia completa.

Los niños toman estos cuentos. No toman el rol protagónico, sino el libro en su totalidad. Son narradores, son personajes, son una imagen recurrente. Como lectores, debemos adaptarnos a la visión infantil —proceso incómodo—, ya que no es común que sean los niños los que cuentan las historias. Una niña, que debe visitar a la curandera porque tiene miedo de que el diablo haya decidido habitarla, «había pasado varias horas mirándose en el espejo por si [...] podía llegar a asomarse algo diabólico» (p. 67). En otro cuento, un niño siente terror por su vecino, un gaucho fornido que intenta suicidarse diariamente. Ese reacio gaucho lo

levanta en brazos y el niño protagonista «no siente el corazón ni la lengua ni los ojos a través de los que le gustaría llorar. Siente las piernas calientes y mira cómo las medias grises y el short se le enchumban de orina» (p. 15). Las infancias son una referencia a la iniciación. Ejemplo de esto es el último relato, cuando un grupo de niños debe limpiarse mucha sangre que «al arrastrarse por nuestra piel, se metía en el caño con el color rojizo del jugolín de frutilla que, desde ese momento y para siempre, asociaríamos con la sangre lavada» (p. 105). Es en la construcción temporal, «desde ese momento y para siempre», que reside lo trascendente de los eventos que registran estos personajes infantiles.

La atmósfera creada a lo largo del cuentario responde a una construcción del imaginario de la inminencia. Hay algo que habita y late detrás de estos niños, de los adultos, de lo natural, del campo: es la *posibilidad*. Así, el cuento «Cera» plantea la idea de *algo* que grita de dolor en el campo lindero, y que no podemos ver porque el narrador se mueve en la noche guiado únicamente por la luz de un encendedor: «Avanza a tientas. Sigue el alarido que lo despertó [...] Piensa que puede ser una mujer dando a luz una bestia. Un caballo medio enterrado en la cañada. Un perro accidentado en la curva de la ruta. No puede estar seguro» (p. 52). En el último cuento, «Con las piernas enterradas en el barro», también se trabaja lo inminente: «Estábamos obsesionados con la idea de que el viejo podía salir de su casa en cualquier momento y descubrirnos» (p. 106). La *posibilidad* como sustantivo para nombrar eso próximo que no podemos ver, porque o no estamos seguros, o no hay suficiente luz, o el narrador es muy pequeño para comprender, o es una simple premonición, o es incluso producto de una suposición inexistente. Pero el extrañamiento, el ruido que sorprende, el gesto innatural, la mirada de reojo, nos advierte de la amenaza indescifrable, de los desastres que pueden llegar a ocurrir. Lo desconocido-monótono habilita ese deseo a que algo irrumpa y remueva los goznes de estos personajes.

### «Algo no cicatriza bajo esta piel intacta»

Los epígrafes del libro señalan las voces que acompañan a Silva Bernaschina en estos cuentos. El subtítulo previo muestra, por ejemplo, una referencia directa a Laura Fedele. En distintos reportajes la autora comenta que dentro de sus lecturas no faltan Schweblin, Enríquez, Cabezón Cámara y, más próximo a nuestras tierras, Alejandra Gregorio y Eugenia Ladra. Autoras latinoamericanas que hacen eco entre las páginas de este libro. La narrativa de Tamara Silva Bernaschina nos envuelve desde el primer cuento al último, logrando unidad y equilibrio en su prosa. *Desastres naturales* es un libro que ve la luz, trayendo buenos augurios. Parece ser un rayo que quiebra la noche, como poetizaba aquel verso de Amanda Berenguer.

En «Gaucho de la fuerza», el personaje está en medio de una tormenta buscando a su perro. De pronto, un relámpago: «Cada piedra, rama, oveja, vaca [...] y todos los seres vivos del campo tienen el mismo pensamiento: ojalá que el rayo caiga en otra parte» (p. 19). En una nueva tormenta, otro rayo quiebra la noche. Asistimos a un nacimiento, producto del entorno que han gestado otras narradoras, poetisas, periodistas, uruguayas y latinoamericanas. Entorno en el que una mujer de veintitrés años es reconocida por su narrativa. Ojalá este rayo caiga muy cerca, sobre nosotros. Bienvenido este libro.

Tamara Silva Bernaschina. (2023). *Desastres naturales*. Montevideo: Estuario Editora. 120 páginas.